

Muriel, con su copa de whisky escocés favorito en la mano, disfruta de la fiesta en casa de un amigo francés, como ella, que vivía en Bilbao, el barrio.

Le apasionaba España debido al clima, por eso había decidido estudiar lenguas extranjeras, especialidad español, para pasar las vacaciones en la playa.

Había nacido en Lyon, aunque había vivido durante toda la carrera en París, con su novio.

Él había estudiado también filología, como lo llaman aquí, aunque a ellos “el amor por las palabras” no le parecía el modo apropiado de denominar una carrera.

Por cierto, ésa era otra palabra española que a ellos les sonaba muy mal.

La carrera, como en inglés, era la trayectoria profesional.

Y es que puestos a poner objeciones, nadie les superaba.

Manu, su novio, era así, se pasaba el día criticándolo todo, desde el fútbol a la CocaCola

pasando por los vaqueros, que le parecían una verdadero símbolo de alienación.

A ella alguna vez le hubiera gustado ponérselos, pero nunca se había atrevido en los diez años que llevaban juntos.

Se habían conocido en el instituto, y el enamoramiento había sido total por ambas partes.

Él era alto y guapo, con el pelo largo, lo cual no terminaba de convencerle, pero tenía la esperanza de que algún día se lo cortaría.

Ella era la hija única de una profesora y un juez.

Y sus padres, siempre tan generosos, les habían pagado a ambos los estudios; ya que los de Manu, la verdad, financieramente eran un desastre.

Por una parte a su familia le sobraba el dinero, y por otra estaba casi segura de que su novio, un filólogo en el verdadero sentido de la palabra, llegaría algún día a convertirse en un gran escritor.

Ella quería ser profesora de secundaria.

Se había presentado a las oposiciones nada más terminar los estudios, es decir el año pasado por estas fechas.

Lógicamente no las había aprobado, puesto que no había tenido tiempo de prepararlas.

Por eso se habían venido a vivir a Madrid, para que ella pudiera practicar español durante un año y pasar fácilmente el examen, que por cierto sería dentro de dos semanas.

Estaba convencida de aprobar.

Siempre se había encontrado tan segura de misma...

Aunque tampoco era difícil sentirse así si montaba a caballo, tenía la ropa más elegante que ninguna chica de su edad pudiera soñar, y para colmo la naturaleza la había hecho exuberante.

El primer chico del que se había enamorado había caído rendido a sus pies, y era un amante extraordinario, haciéndole elevarse hasta las estrellas cada vez que hacían el amor.

La verdad es que ahora lo hacían con menos frecuencia, aunque ella se consideraba tan enamorada de él como antes.

El vivir en España les había unido aún más si cabe.

Aquí ella no tenía amigas.

En casi un año no había conseguido intimar con ninguna española.

Le parecían demasiado alocadas y poco sensibles, nada delicadas.

Por no hablar del mal gusto que tenían para vestirse.

El ejemplo es la gorda que está hablando en este momento con mi novio, que lleva un vestido que no se lo pondría ni mi abuela, piensa mientras saborea su whisky favorito, un Glenfiddich de reserva.